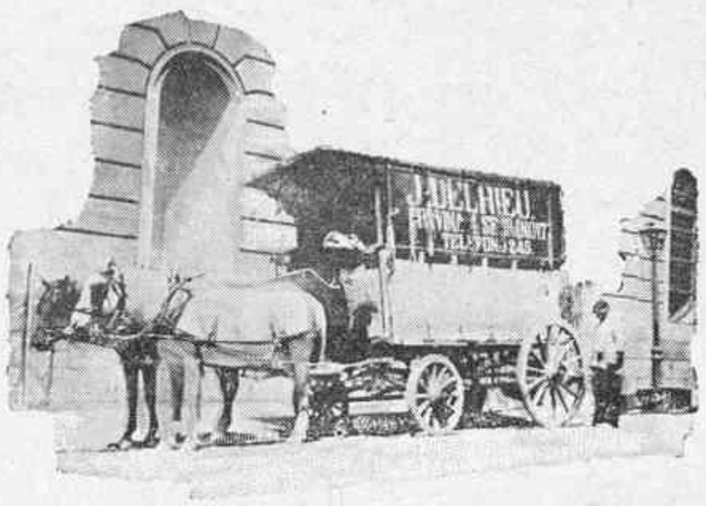
LO QUE RUEDA POR MADRID

III y último.

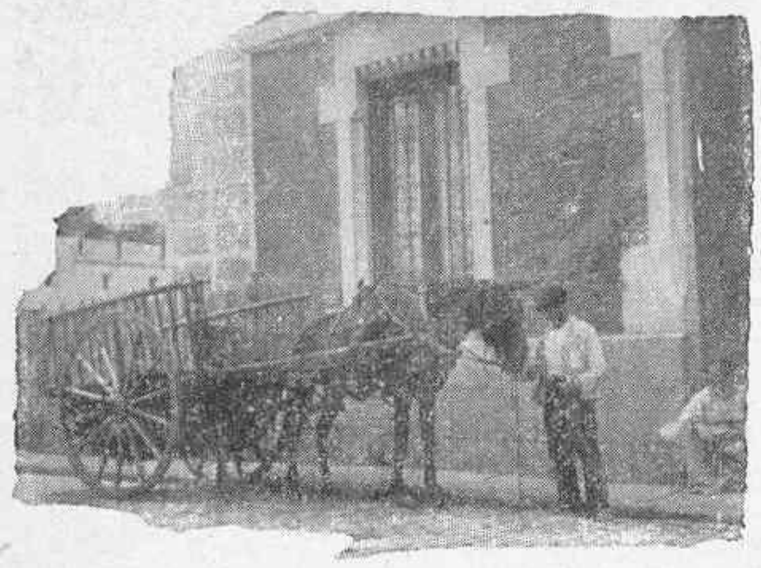
MIS INTERVIEW CON LOS CARROS

¿Por qué no? ¿Por qué no han de comunicarnos sus impresiones como cualquier jefe de partido político en sus ocios de balneario? La cuestión es poseer el secreto de su idioma, entender su lenguaje mudo sin voz ni palabras, saber leer en su toldo, en sus ruedas, esas mil tristezas ó alegrías de que cada vehículo ha sido testigo ó actor. He aquí el resultado de mis escrutinios.

Lo que dice un carro de mudanzas —Afortunadamente los carros no tenemos corazón y transportamos indiferentes los muebles. De lo contrario nos matarían las emociones. Así, trasladamos lo mismo de domicilio las honradas sillerías de las familias de la clase media como llevamos la *chaise longue* de la mujer galante al nido misterioso desde la tapicería del alquilador. Nuestros días grandes son los de las mudanzas de los palacios. Cuando nuestro tronco de percherones arrastra tocadores de mármol y armarios de luna, parece que se sienten menos los malos empedrados de Madrid. Las fechas negras son para nosotros las en que hay que cargar á escape con los cuatro trastos miserables de un desahucio. Contamos con enemigos; ¿quién no cuenta con ellos? Los inquilinos que habitan en un piso treinta años. Por fortuna suman algunos miles los que gustan de andar con la casa á cuestas.



Lo que charla un carromato.—Soy el simón de los carros, y me paso la vida en la parada de una plaza, esperando que alguien me necesite para subir algún encargo de la estación. Lo malo es que cargo poco, con lo que ni mi amo ni mi mula andan muy ahitos. Los veo comer. El amo un zoquete de pan y una sardina frita; la mula cuatro granzas de paja en un taleguillo. Estamos ya de non. Los carros de mudanza nos han quitado la traslación de muebles; los camiones nos roban el servicio de ferrocarriles. Apenas si nos quedan media docena de chapuzas, cambios de domicilios pobres, sin propina, tal cual bulto delicado en que pagamos á veces las culpas del empedrado. Pero ¡qué remedio! Hay que vivir, y seguimos aguardando en la fila á que alguien nos alquile, con la infeliz mula que se abrasa al sol ó tirita en la quietud, y el amo que retoza con los compañeros para olvidar el hambre.



La declaración de un carro de baños.— Permítame usted que me dé un poco de tono. Llevo sobre mí algo de la alberca granadina de los arrayanes, una bañera que se transformará pronto en estanque, en cuanto lleguemos á la primera casa. Soy un carro dichoso, porque si de forma no ofrezco nada de particular, vamos, si no guapo, tampoco soy feo; soy una cuba con ruedas. Pero en cambio soy un carro con alma; mi alma es el agua, y adondequiera que voy se me espera con impaciencia y se me recibe con alegría. En muchas partes se me acoge como á los amantes, atisbando por el balcón, y al llegar yo, se exclama: ¡ahí está! Lo menos que aporto al trote de mis mulas es la frescura; con frecuencia significo la salvación de un enfermo, doy la vida. ¿Qué carro puede decir otro tanto?

2009 Ministerio de Cultura